

8), y con vuestras mismas ocupaciones os labrareis una corona inmortal, que os deseo á todos.

VIDA CRISTIANA.

(PRÁCTICAS DE UNA)

Ambula coram me, et esto perfectus.
Camina como siervo fiel delante de mí, y sé perfecto.

(GEN. XVII, 1.)

La vida cristiana consiste, carísimos hermanos, no en obras raras y extraordinarias, sino en el *puntual cumplimiento de los deberes de cada día*. Así es como el niño Jesús, *ocupado sin cesar en lo que su Padre quería de él, crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres* (LUC. II, 49, 52).

Caminad delante de mí y sereis perfectos. Caminareis delante de Dios, si teneis á Dios presente en todo lo que practicais, y si vuestro pensamiento y corazón se elevan constantemente á él. Sereis perfectos, hermanos míos, si imitais la vida de Jesucristo; si ofreciéndole todas vuestras acciones, las unís á las suyas, en espíritu de fe, de obediencia y de amor.

Si, hermanos míos; hemos de ser santos: ó lo somos, ó nos perdemos para siempre. Cuando el Hijo de Dios venga á juzgar la tierra, el género humano se dividirá en dos partes; á su derecha los santos, y á su izquierda los réprobos: no habrá lugar intermedio, y sobre esto hemos de decidirnos.

Pidamos hoy á Jesucristo que nos santifique con su gracia, que nos afirme en su amor y nos haga suaves y fáciles los deberes que su ley nos impone; deberes que voy á exponer uno á uno para grabarlos bien en vuestros corazones á fin de que en toda vuestra vida seáis fieles á ellos.

Estos deberes son: 1.º *la Oracion; la asistencia al Oficio divino, y al santo sacrificio de la Misa*; 2.º *frecuentar los Sacramentos, y practicar buenas obras.*

1. La oracion es una de las principales obligaciones del cristiano. Conviene orar perseverantemente, dice Jesús (LUC. XVIII, 5). *Todo lo que pidieréis en mi nombre, mi Padre os lo dará* (JOANN. X, 30). *La oracion del humilde penetra en los cielos* (ECCLI. XXXV, 21). *Orad pues, orad sin cesar*, añade S. Pablo (I. THESS. V, 16).

La oracion, carísimos hermanos, es el fundamento de las virtudes, el lazo del cielo y de la tierra, el acto de la voluntad que se vuelve á su Dios; es como el latido del corazón que anuncia la vida y la sostiene. El que no ora es muerto. Por eso os digo con Jesucristo: *Conviene orar perseverantemente*; y con S. Pablo: *Orad sin cesar*. Orad por la mañana al despertar y durante el día, á fin de atraer la bendicion de Dios sobre todo lo que obráis, y por la noche, ántes del descanso, pues la noche también pertenece al Señor (PSALM. LXXIII, 16), y debemos ofrecerle el sueño.

Algunos *honran á Dios con los labios* (MARC. VII, 6); le invocan, pero sin fe, sin deseo, sin amor, con un espíritu distraido y lleno de pensamientos extraños. Esos no oran, pues no hay más oracion que la del alma. *Vosotros, cuando hubiereis de orar, dice Jesús á sus apóstoles, entrad en vuestro aposento, y cerrada la puerta, orad en secreto á vuestro Padre, y vuestro Padre, que ve lo más secreto, os premiará en público* (MATTH. VI, 6). Habladle confiados, *como un amigo habla á su amigo* (EXOD. XXIII, 11). Si teneis necesidades, decidse las; si penas, vertedlas en su corazón. ¿Quién os ama tanto como Dios, y quién como él puede consolaros?

Os recomiendo también para toda vuestra vida, pues es un deber riguroso, la asistencia á los oficios divinos, es decir, á la oracion pública y comun, que es la más eficaz, segun estas palabras: *Cuando están reunidos dos ó tres en mi nombre, estoy en medio de ellos* (MATTH. XVIII, 20). Allí anuncian la palabra de Dios aquellos á quienes se ha dicho: *Id, y enseñad á todas las naciones* (IBID. XXVIII, 19). Allí, sobre todo, tomáis parte en el formidable sacrificio que se consuma invisiblemente en el altar.

Y cada vez que oís la santa Misa, hermanos míos, ¿sabeis lo que pasa á vuestros ojos?

El mundo estaba perdido; Dios habia pronunciado la sentencia de muerte contra todos los hombres. Entónces el Hijo de Dios, el Hijo eterno del Padre, su Sabiduría, su Verbo, resolvió unirse á la naturaleza humana, hacerse hombre como ellos para salvarles. Debíase á Dios una víctima de infinito precio. El Verbo dijo: *Aquí estoy* (PSALM. CXXXIX, 8). Todos los dolores del alma y del cuerpo, todas las angustias de la muerte, el Salvador Jesús quiso sufrirlas. De lo alto de la

cruz su sangre corrió sobre el género humano, y el gran sacrificio quedó consumado.

Este sacrificio, como lo predijeran los profetas, reproducido cada día de un modo incruento, se perpetuará hasta el fin de los siglos. *Desde levante á poniente se ofrece al Señor una ofrenda pura* (MALACH. I, 14); y esta ofrenda es su cuerpo, su sangre, toda su humanidad unida al Verbo, y realmente presente bajo las apariencias de pan y vino. Cuando el sacerdote sube al altar, investido de su potestad, ejerce el oficio del sumo pontífice, *segun el orden de Melquisedech* (HEBR. V, 10). Mediador como él y en él, interpone entre el hombre culpable y la eterna justicia la hostia propiciatoria, el Cordero inmolido en el Calvario, á fin de aplicar y derramar el fruto de su redención; pronuncia las palabras sagradas, y al punto desaparecen los símbolos: el pan y el vino se trasforman en su cuerpo y su sangre, y él está allí, como en la cruz, en estado de víctima. Dios mira y se aplaca; los ángeles adoran temblando, y una virtud secreta reanima en toda la creación las fuentes de la vida.

¡Oh maravilloso poder de Dios! ¡oh bondad encantadora! Mi espíritu se abisma, oh Salvador Jesús, en este misterio de misericordia y de ternura, el cual asombra y confunde mi débil inteligencia, y, sin embargo, creo sin vacilar, creo en el amor que nos tienes (I. JOAN. IV, 16). No sería el amor de un Dios, si la criatura pudiese medir su extensión y concebir sus prodigios. ¡Oh Jesús! ¡oh Redentor nuestro! ¡con qué recogimiento, con qué respeto profundo debemos asistir al divino sacrificio! Destierra pues, destierra de nuestro espíritu cuanto pudiera distraerle, y haz que te adoremos como los ángeles, con un corazón humilde y puro, olvidados absolutamente de todo lo que es extraño á ti.

2. Debe además el cristiano frecuentar los sacramentos y practicar buenas obras. Empezemos por el sacramento de la penitencia. ¿Qué hacen los más de los hombres, sinó cerrar los oídos á la voz de Dios, luchar contra su misericordia y buscar pretextos para perderse? Algunos se ríen altamente de su Salvador y de su Juez; otros dicen: No hemos de creer todo lo que cree el pueblo. ¿A qué confesarse?

¿Qué debéis contestar, hermanos míos, á los que hablan en términos tan impíos? Nada; dejad que responda su propia conciencia. Los que así hablan son sus labios, pero la verdad grita interiormente en el fondo de esos rebeldes corazones. Les atormenta de día y de noche. Tienen á *Moisés y los profetas* (LUC. XVI, 29); tienen la Iglesia, divinamente inspirada, y su testimonio universal por es-

pacio de diez y ocho siglos. ¿Y á quién escucharán, si no la escuchan?

Todo hombre es pecador, y para que sus pecados le sean perdonados, es necesario que se confiese á los que han recibido de Dios el poder de retener y remitir los pecados. Tal es también nuestra ley, hermanos míos; tal es nuestro yugo cuando hemos pecado. Resolvedos desde hoy. El orgullo, la vergüenza querrán en vano conteneros: los vencereis con valor. ¿Por qué ha de avergonzarse la criatura de humillarse ante Dios, y el pecador de decir á su Dios: *Padre mío, he pecado contra el cielo y contra tí* (LUC. XV, 21)? Y aunque esta humilde confesión costase algo más á la naturaleza humana, ¿qué es la saludable confusión de un momento al lado del eterno oprobio del infierno? Amad la confesión, carísimos hermanos, considerándola como *la tabla de salvación después del naufragio*, y dando las gracias á Dios por haber instituido este sacramento de su misericordia.

Amad también la frecuente recepción del sacramento de la Eucaristía, que es el mayor escudo de la pureza de la vida, al par que la mejor preparación para la muerte. A los que poseen á Jesucristo no les queda más deseo que continuar poseyéndole; y este deseo, siempre creciente, aumenta sin cesar su horror al pecado, que puede apartarles de él, mientras los hijos del siglo *arrastran con dolor hasta el sepulcro una larga cadena de esperanzas frustradas*. Los que ponen toda su esperanza en el cielo no son tentados por los bienes de la tierra, ni atormentados por sus males; su alma está en otra parte, por lo cual atraviesan en paz *el valle de lágrimas*, guiados por la luz de Jesucristo, que les muestra en lontananza la patria verdadera. Y si algunas veces cede su naturaleza extenuada; si al parecer sucumben á la fatiga y dicen al Salvador: *Deja que me refresque un poco antes de irme, y ya no existiré* (PSALM. XXVIII, 14), entónces se sienta junto á ellos y les hace descansar en su seno, como en él descansó el discípulo muy amado en la última cena; y este descanso es la imagen y como las santas primicias del descanso eterno que les espera.

Son necesarias, por último, las obras buenas, sin las cuales la fe está muerta. Todos somos plantas del jardín de la Iglesia, y el Salvador nos dice, que la planta infructuosa será arrojada al fuego.

Para llenar este punto véanse los tratados: OBRAS BUENAS, y OBRAS DE MISERICORDIA; así como para ampliar los puntos precedentes pueden consultarse los diferentes tratados á que se refieren sus títulos.

VIDA INÚTIL; véase: OCIOSIDAD.

VIDA MUNDANA ; véase: RICO AVARIENTO.

VIEJOS; véase: ANCIANIDAD.

VIGILANCIA.

Cum dormirent homines, venit inimicus ejus, et super seminavit zizania in medio tritici.

Al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo, y sembró zizania en medio del trigo.

(MATTH. XIII, 25.)

En este lugar, como en otros varios, el Evangelio nos habla del campo y del trigo, pero de trigo mezclado con zizania. El dueño del campo sembró en la estación más propicia trigo escogido, y destinó algunos hombres á guardar el sembrado: mas los guardas, cansados de velar, se dormieron. Esto bastó para que el enemigo, aprovechando la ocasión, se introdujese en el campo y sembrase encima del trigo abundante zizania: *Cum dormirent homines, venit inimicus ejus, et super seminavit zizania in medio tritici.* Este campo, segun dice el mismo Jesucristo, es el mundo, donde hay hombres buenos y hombres malos. Los buenos son representados por el trigo, y los malos por la zizania. Dios no cesa nunca de derramar sobre este místico campo la preciosa semilla de su gracia para que dé frutos de justicia y santidad; pero al mismo tiempo el enemigo de nuestra alma procura derramar sobre él la perniciosa semilla de la zizania, para que produzca frutos de iniquidad. Es evidente que con esta parábola, Jesucristo se propuso inculcarnos el deber que tenemos de velar atentamente por la seguridad de nuestra alma, que Dios ha puesto bajo nuestra vigilancia. La necesidad de la vigilancia cristiana, ved aquí, pues, oyentes míos, el importante asunto que me propongo tratar en el presente discurso. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. No me atreveré á decir si los guardas del campo evangélico sabían que hubiese en las inmediaciones algun enemigo, y que durmiéndose, pudiesen darle favorable ocasión de ejecutar sus perversos desig-

nios en perjuicio del amo. Si lo sabían, merecían, en verdad, las más severas repreciones y el castigo más riguroso por haberse dormido. Pero á mí no me importa, oh cristianos, investigar la conducta de aquellos hombres, sinó examinar y ponerlos de manifiesto la vuestra, para que veáis si en la custodia de vuestra alma procedéis ó nó con el celo y la solicitud que os recomienda el divino Maestro. Vosotros no podeis ignorar que teneis á vuestro alrededor muchos y temibles enemigos, y que vuestro campo está situado en medio de espesos y sombríos bosques, guarida de infames raptos que están aguardando la noche y la hora del sueño para salir de sus madrigueras y causaros gravísimos daños. Mas, sin embargo, cuando veo que pasáis tantas horas descansando tranquilamente, me inclino á creer, que pensáis que vuestros enemigos están léjos de vosotros, siendo así que os están sumamente cercanos. Pues sabed que cuantas cosas sensibles veis al rededor vuestro, pueden ser otros tantos traidores enemigos y sembradores de zizania. Y miéntras que éstos desde sus escondrijos están acechando la ocasión de echárseos encima, ¿se la facilitaréis vosotros mismos con vuestro culpable descuido? Estos terribles adversarios los tenemos con frecuencia en nuestras mismas casas y entre las personas más allegadas; pues como dijo Jesucristo, en confirmacion de una sentencia profética, los enemigos del hombre son los de su casa: *Inimici hominis domestici ejus* (MATTH, X). Las personas unidas con los más estrechos vínculos de la sangre se hacen muchas veces una guerra cruel; y bajo la mentida apariencia de la amistad, se ocultan las más grandes felonías. ¡Cuántas veces, decía San Juan Crisóstomo, la mujer puso lazos á su marido, y los amigos y los hijos se arruinaron mutuamente! *Sæpe uxor ipsa non advertentibus laqueus facta est, sæpe filii, amici sæpe.* La casa de David ofreció una tristísima prueba de esto en la persona del incestuoso Amnon, cuando con inaudita osadía violó á su hermana Tamar. Además, tenemos nosotros un grande enemigo en nuestra rebelde carne, que, corrompida por el pecado, nos inclina continuamente al mal: *Hic hostis*, escribía San Jerónimo, *hic hostis in nobis inclusus est, quocumque pergimus, portamus inimicum.* Y lo peor es, que nos vemos obligados á sustentar á este enemigo con los mismos alimentos que tomamos para nuestra subsistencia, viniendo de este modo á darle mayor fuerza y vigor para combatirnos. Ni podemos esperar nunca paz ni tregua alguna de su parte; porque nace con nosotros y nó nos abandona hasta la muerte. Hay en nuestro mismo cuerpo varias puertas, por las cuales, si no las tenemos bien custodiadas, entra el enemigo y causa gravísimos y tal vez mortales daños al alma. Puede entrar por los ojos, por medio de